



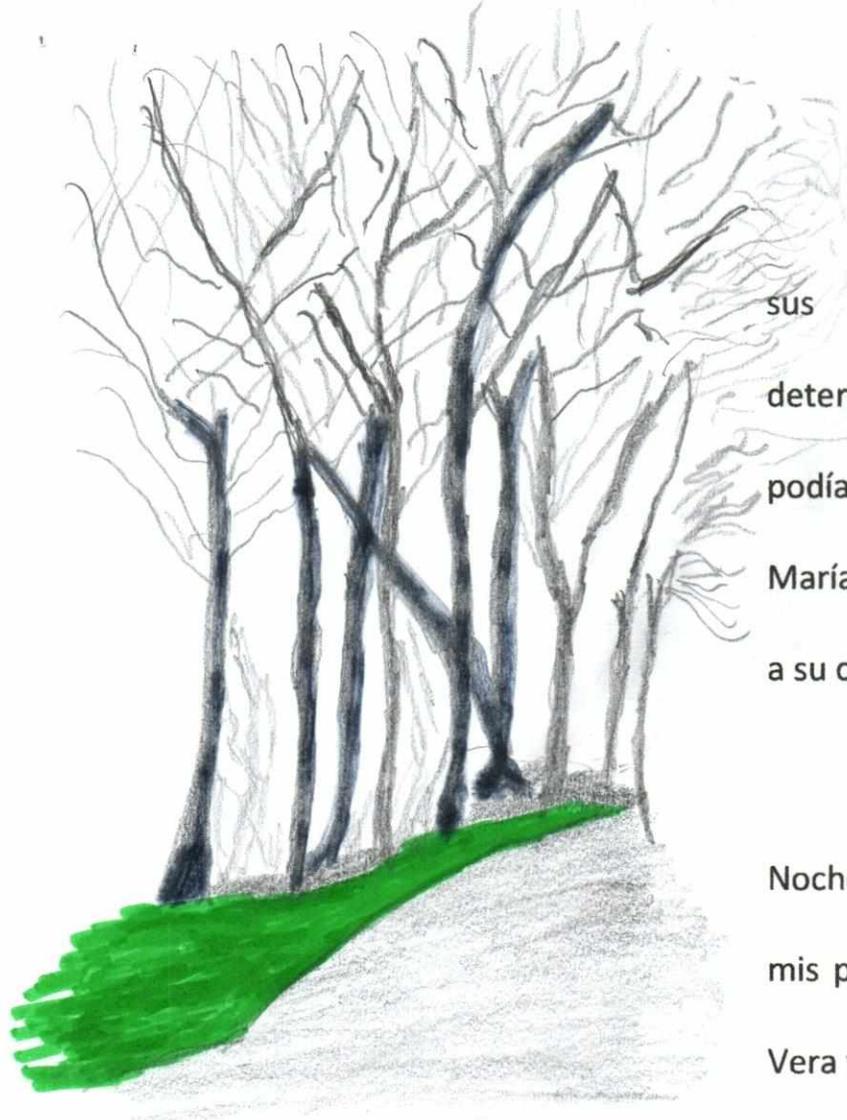
## TU, YO Y EL AZHEIMER



Hola. Soy Gadea.

Mi cuento relacionado con esta enfermedad se trata de explicaros como a lo largo de mi corta vida sí que conocí a una persona que padeció esta enfermedad y esta historia sobre como lo llevábamos mi familia y yo se vivió hace poco, hace dos años concretamente, al menos en su última parte y así lo recuerdo. Pues bien, la persona que tenía alzhéimer era mi abuela materna: María Palmira.

Su marido, el yayo Mariano, falleció el día 23 de noviembre del año 2007. Por aquel entonces yo tenía 3 añitos recién cumplidos y precisamente de su muerte no me acuerdo: de él solo recuerdo que su profunda voz resonaba alegremente cada vez que mi hermana, mi madre y yo salíamos del coche conducido por mi padre y subíamos a su casa. Cuando mi abuelo según he oído estaba malo, a mi abuela empezaron a olvidársele cosas. Cuando mi abuelo murió, en mi abuela Palmira y probablemente por una depresión, el azheimer, que quizás ya sufría hace algún tiempo, se incrementó considerablemente. Yo seguí creciendo y siempre que podía iba a visitar a mi abuela, que por aquél entonces, vivía sola.



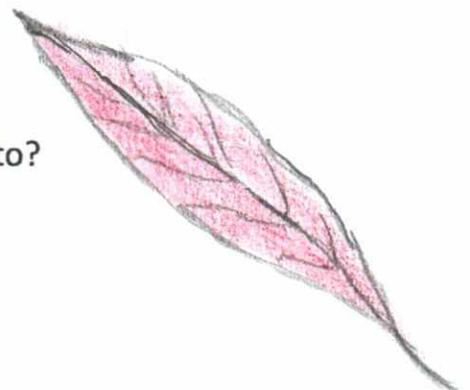
Por el año 2009, mi madre y sus hermanos tomaron la determinación de que mi abuela no podía seguir viviendo sola y mi tía María del Carmen decidió trasladarla a su casa.

En una ocasión, pasó la Nochevieja con todos nosotros, con mis padres, con mi hermana mayor, Vera y conmigo.

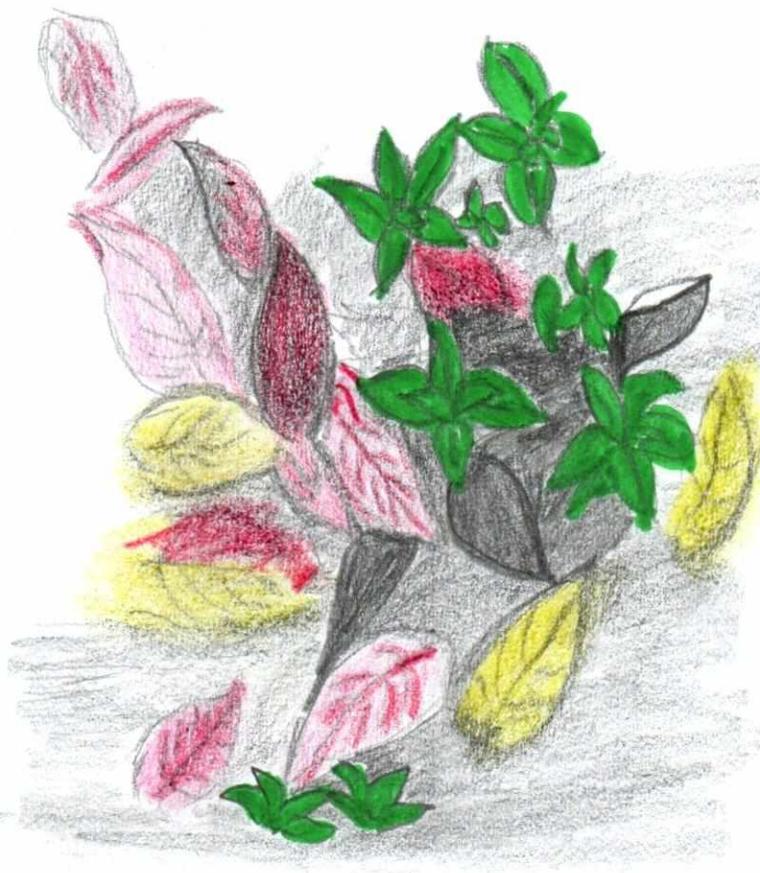
En el año 2011, empecé mis clases de música, de piano concretamente y ya no pude ir a visitar a mi abuela los viernes pues me coincidía el horario de las clases con el día de la visita pero a cambio, ella, pasaba los domingos en mi casa, me acuerdo muy bien de todo ello.

Con el tiempo, mi abuela, se fue quedando sorda y recuerdo que uno de esos domingos que venía a mi casa, con sus arrugadas y temblorosas manos palpó algo que yo llevaba y que la llamo mucho la atención la atención y me preguntó:

--Hija, ¿quién te ha dado ése chisme tan bonito?



Yo se lo decía, pero su sordera hacía que todo lo que la decía o bien no lo entendía o bien lo malinterpretaba, yo, perdía la paciencia y me irritaba; también me enfadaba mucho cuando ella nos mandaba a mi hermana y a mí que no anduviésemos descalzas por la casa, ahora me arrepiento mucho de mis enfados...



Cuando íbamos a buscarla a casa de mi tía para que viniera a pasar el domingo con nosotros, le costaba más subir y bajar las escaleras y en ocasiones les ofrecía a mi madre y a mi tía mi inútil ayuda, poco podía hacer yo, aunque ellas me lo agradecían; otras veces, cuando yo intentaba ofrecérsela, me decían: “..... no, Gadeilla, ya lo hacemos nosotras.....”. Por esto cuando íbamos a buscarla o a llevarla a casa los domingos tardaba siempre mucho mi madre en volver al coche.

Muy pocas veces salí del coche para acompañar a mi madre para ir a buscarla, y otras pocas salí del coche para llevarla.

Mi abuela vivía en un cuarto y último piso de un edificio que no tenía ascensor y no había más remedio que acompañarla y adaptarse a su paso de tortuga durante setenta y seis escaleras, ¡si setenta y seis!, ni una más, ni una menos, que yo las conté la última vez que la acompañé, no, no se me olvidará ese número fácilmente.

Un día, hace algo más de dos años, al salir del colegio mi madre me comunicó que mi abuela había sufrido un infarto y que la habían llevado al hospital.

Se le había “arteriado” según creo una vena o al menos eso es lo que yo entendí, tampoco me puedo explicar mejor porque de temas médicos poco sé y, la verdad, menos quiero saber. Creo que cerca de una semana después, la llevaron otra vez a casa y al salir de mi academia de música fui a verla, ¡qué deprisa subí las setenta y seis escaleras!. La perra de mi tía que se llama Nala, se sentaba con ella en la cama y se quedaba allí, mirándola. Ya mi abuela no parecía nada más que casi un organismo; si cuando sin la vena arteriada ya era paradita, ahora no podía salir ni de la cama.

Su muerte fue reciente. Tuvo lugar el viernes diecinueve de diciembre del año dos mil catorce. Fue cuando hice la actuación de Navidad en el colegio. Cuando mi hermana y yo salimos del cole, mi tía paterna, Natalia, nos dijo que se había muerto. Mis padres se pasaron el resto del día en el tanatorio.



Las punzadas que siento al contarlo no es nada comparado con la fuerza que me impulsa hacia ella; y es que su recuerdo sigue siempre estando ahí, no sé si ella y a pesar del Alzheimer ese último día me recordó, yo estoy segura de que sí.